tos, prósperos ó adversos, la mano poderosa del Señor, reprimiendo los sentimientos todos de la naturaleza, estuvo velando el cadáver de ésta hermana, que siempre estimó mucho por las raras prendas y circunstancias con que la dotó el cielo, hasta que la obediencia la mandó retirar. Sabia muy bien que si en todos tiempos debémos vivir de la fe, mucho mas en el de las adversidades y tribulaciones, que es cuando con mayor eficacia hemos de procurar el socorro de esta virtud, que es el del mismo Dios. No aspiraba á las esterioridades, porque su vida era la de la fe; y así hablando una vez á sus novicias sobre revelaciones, visiones y raptos, las dijo estas palabras: *Le pido á Dios no me deje yo llevar por esterioridades, sino que obre solamente por la fe, que así se camina con seguridad.*

CAPITULO VIII.

De su firme esperanza.

La esperanza cristiana es un deseo de los bienes eternos, con la confianza de obtenerlos por la gracia de Dios y los merecimientos de Jesucristo. Debémos esperar en Dios, porque él es nuestro bien, nuestro fin, nuestra bienaventuranza y felicidad eterna. Está lleno de misericordia y de bondad; ha prometido su socorro y ausilio á los que en él confian; y es

fiel en sus promesas; fundamento en que estriba nuestra esperanza. Esperar, pues, en Dios, y desear poseer el bien soberano, es desear la perfecta justicia, la perfecta caridad, la perfecta sumision á las órdenes de Dios, el perfecto olvido y abatimiento de sí mismo, y que venga á nosotros su santo reino; lo que conseguirémos viéndolo y amándolo perfectamente en la gloria. Por estos deseos somos ciudadanos de la celestial Jerusalén, nos encaminamos á otra pátria muy distinta de la del mundo, el cual es solo un destierro y valle de lágrimas, y colocámos nuestro fin, no en las cosas terrenas y transitorias, sino en las celestiales y permanentes. De aquí es, que todos los cristianos tienen una obligacion indispensable de gemir, y de reputarse por miserables en esta tierra; porque quien está en ella contento, y quien halla en ella alegria y su reposo, no entrará jamás en el cielo. No tendrá parte en la felicidad de la otra vida, dice San Agustin, quien no se tiene por infeliz en esta.

Bien podémos decir que toda la de *Sor María Josefa*, fué una vida de suspiros y deseos encaminados á la pátria celestial, dirigidos á la perfecta posesion de su divino Esposo, en quien tenia colocada toda su esperanza. Gemia por verse apartada de su Dios y de la ciudad santa de Sion. Se contemplaba frecuentemente como una hija distante de sus padres, como una esposa, privada de la presencia de su esposo; y el amor la instimulaba é inflama-

ba mas cada dia. Un ciervo perseguido por largo tiempo de los cazadores, no desea con mayor ánsia un rio en que refrescarse, como *Sor María Jasefa* anhelaba á la posesion de su Dios. Abrasábase su alma con una ardiente sed de gozar á Dios vivo. Esperaba con ánsias fervorosas aquel dia afortunado en que habia de ser embriagada de la abundancia de los bienes de la casa de su amado Esposo, y en que este la haria beber del torrente de sus delicias, como que en él está la fuente de la vida. En las continuas y penosas enfermedades con que la visitó Dios, como despues verémos, decia con San Pablo: *Jesucristo es mi vida, y la muerte es ganancia para mí. Deseo ser desatada de los lazos de este cuerpo, y estár con Jesucristo.* Tal era y tan sólida la esperanza de nuestra religiosa.

Como en su alma vivia esta divina virtud, no habia cosa en el mundo capaz de conmoverla, ni los vientos de las tentaciones, ni las tempestades de las aflicciones. En una gravísima en que se vió su convento, y en la que le tocaba mucha parte, no se le oia decir sino estas palabras: *Esperémos en Dios; Dios lo remediará todo.* Su sábio director solia tenerla algunos meses sin confesarla; sin duda para probar si era firme su esperanza en el Señor, á quien debia ocurrir en las tribulaciones y necesidades de su espíritu: advirtiendo esto las religiosas, solian decirla algunas veces: *¿Cómo puede vivir V. R. con consuelo sin confesar-*

se tanto tiempo? ¿por qué no hace diligencia? ¿por qué no envia á llamar á su confesor? A lo que respondia: *Yo puse mi alma en manos de mi padre espiritual; si no viene, es señal que no lo juzga conveniente; pero entre tanto, bueno es esperar en aquel de quien viene todo consuelo.*

La esperanza de los bienes eternos la hacia ver con indiferencia, así los gustos, como los sinsabores de esta vida. Tan contenta se hallaba con una prelada, como con otra; con un oficio vil y bajo, como con otro sublime y elevado. Tan gustosa en la profesion solemne de una de sus hermanas, como en los himnos de otras. Su espíritu inalterable y firme con la áncora de la esperanza, no se dejaba abatir de las olas enfurecidas y borrascosas, ni llevar ligeramente á una parte ni á otra, por el soplo blando de los suaves zéfiros. Por último, si la esperanza de las cosas temporales, que es una esperanza llena de incertidumbre, sostiene á los negociantes en los peligros de su comercio, á los soldados en los trabajos y fatigas de la guerra, á los operarios en sus laboriosas tareas; si la esperanza anima á todos á la fatiga, ¿qué cosas no haria en el alma de *Sor María Josefa*, la firmísima esperanza que estaba en su corazon de poseer á su soberano Esposo en el cielo, que es la tierra de los vivos? ¡Qué mucho que no buscase en las criaturas aquel reposo que no podia tener jamás en ellas, y que solo le hallase buscándole en el que era toda su esperanza!

CAPITULO IX.

De su ardiente caridad.

La caridad es el alma de las virtudes, y sin ella, aunque uno hablara con las lenguas de los hombres y de los ángeles, sería nada delante de Dios, sería un abismo de miserias. Ella comprende el amor de Dios y del prójimo: Dios nos manda que le amémos; y en el mismo precepto están incluidas las razones que nos obligan á amarle.

Debémos amar á Dios, porque es nuestro Soberano, y por esto tiene un absoluto dominio sobre nosotros y sobre todo aquello que nos pertenece: luego es muy justo que tenga tambien dominio sobre nuestro corazon. Debémos amarle, porque es nuestro Dios, nuestro primer principio y nuestro último fin. De él recibimos el ser, y á él hemos de volver. Aunque andémos volteando á una y otra parte, no encontrarémos jamás el reposo y descanso sino en Dios; porque el corazon del hombre no fué hecho sino para Dios. Él solo puede darle la verdadera paz, el gusto y la alegria; y fuera de él, no encontrará sino turbacion é inquietudes. Dios solo es capaz de llenar el vacío de nuestro corazon. Él es el centro donde han de terminar nuestros afectos y deseos. Debémos amarle, finalmente, porque él ha que-

rido ser todo nuestro, y por eso es muy justo que seamos todos suyos. Se ha servido de toda suerte de medios para ganar nuestro corazon: no contento de ser nuestro Criador, ha querido tambien ser nuestro Redentor: no contento de habernos formado con sus manos, nos ha sacado tambien de las del demonio: nos ha amado hasta darnos, no solo la vida y los bienes que gozámos, sino tambien á su propio Hijo, el único objeto de sus complacencias. Es pues, muy justo que habiendo querido Dios ser todo nuestro por su misericordia, seamos nosotros todos suyos por obligacion, pues él primero nos amó.

La vida toda de *Sor María Josefa*, es la prueba mas incontestable del amor de Dios que dominaba en su corazon. Desde que la rayó aquella luz que hace discernir el bien del mal, le consagró todos sus afectos, sus potencias y sentidos, no poniendo su amor sino en el único que verdaderamente lo merece. Dios era el objeto de sus pensamientos y de sus deseos; no procuraba sino agradarle, absteniéndose cuidadosamente de todo aquello que pudiese ser ofensa de tan suprema Magestad. Sabémos por sus directores que ayudada de la divina gracia, logró conservar tan limpia la preciosa vestidura del bautismo, que en toda su vida la manchó con culpa grave; procurando aun evitar con esmero las culpas veniales. Solo el divino amor pudo haberla hecho insípidos los vanos placeres que los mundanos soli-

citan con los mas vivos deseos: él solo pudo sostenerla en aquellos años de su juventud, para que no se precipitase, dejándose llevar de los atractivos lisongeros, y de la fuerza de las pasiones que en aquella edad encienden el fuego de la soberbia, de la vanidad y de la impureza. Por el amor que tenia á Dios, consiguió lograr grandes triunfos del demonio, del mundo y de la carne; enemigos tanto mas temibles, cuanto mas astutos, mas domésticos y lisongeros. Como no amaba sino á Dios, como Dios solo reinaba en ella, rebatia y arrojaba de sí cuanto pudiese desagradar á aquel amabilísimo Señor, en quien habia colocado todo su amor, haciéndole dueño absoluto de sus afectos y de su corazon. Esplicaba este amor con los mas fervorosos actos de una ardientísima caridad, haciendo todas sus obras á mayor gloria de su amado, y no perdiéndole jamás de vista aun en las mas menudas operaciones. Su ánsia era que todos amaran á Dios y le sirvieran: aborrecia las vanidades, las pompas y las diversiones del mundo; sintiendo en su alma un atractivo que la apartaba de los objetos de concupiscencia y de la posesion de las cosas temporales; poniendo toda su alegria en pensar solo en las eternas y en la separacion de las criaturas; amando á Dios no solo con las palabras y con la lengua, sino con las obras y con la verdad. En los propósitos que procuró observar siempre, y nos dejó escritos de su puño, se leen, en primer lugar, los siguien-

tes: *No cometer con advertencia, no digo culpa mortal, pero ni la mas mínima imperfeccion; y en cayendo [como frágil y miserable] levantarse con un acto de contricion, y con la confesion luego que pueda. Todo cuanto hablare, pensare, é hiciere, hacerlo á mayor gloria de Dios, y no determinar nada, sin pensar si llevo este fin. Procurar no poner mi amor en nada de esta vida, y en reconociéndolo en alguna cosa, quitarlo.*

CAPITULO X.

De su amor al prójimo.

El amor del prójimo está tan necesariamente unido al amor de Dios, que no se puede amar á éste, sin amar al prójimo. Dios lo ha mandado; y á estos dos preceptos, dice Jesucristo, se reducen toda la ley y los profetas. Para amar al prójimo, no solo debémos desterrar de nuestro corazon todo sentimiento, y de nuestra boca toda palabra injuriosa, sino que hemos de mostrar con nuestras obras, que tenémos para con nuestros hermanos un amor sincéro, sufrir sus defectos, consolarlos en sus aflicciones, aliviarlos en sus necesidades, tomar parte en sus trabajos, procurarles toda suerte de bienes, particularmente los que pertenecen á su salud eterna; porque así como este es el mayor bien que podémos hacer á nosotros mis-

mos, así tambien es el mayor que podémos procurar á nuestros prójimos.

No es fácil declarar el grado tan eminente en que poseía esta virtud *Sor María Josefa.* Su corazon no sufria jamás alguna malignidad contra sus prójimos; antes por el contrario, deseaba solamente ocasiones de servirles, las solicitaba, y cuando se le ofrecian, las abrazaba con el mayor gusto y regocijo. Evitaba cuidadosamente todo aquello que conocia poder desagradarlos: preferia los intereses de sus prójimos á los suyos propios, y sentia mucho cualquiera cosa que pudiese acarrearles algun daño. Jamás injurió á nadie con sus operaciones ó con sus palabras. Nunca tuvo sentimiento con persona alguna; ni se quejó aun en secreto ó en confianza, de algun mal que la hubiesen hecho, ó dicho de ella. A todas las religiosas trataba con suma igualdad; evitando con gran cuidado toda amistad particular; amando á todas en Dios, sin distinguirse con ninguna.

Visitaba y consolaba á las enfermas; lloraba con las tristes, se regocijaba con las alegres; interesándose en los gustos de las unas, y tomando gran parte en el dolor y aflicciones de las otras. Para aliviar el trabajo de las hermanas donadas, (así llaman á las que sirven dentro del convento; porque, como dijimos, no hay ni se permiten mozas de servicio) se levantaba antes que ellas, iba á la cocina, fregaba los trastes y el bracero, encendia el

fuego, arrimaba á él las ollas con agua, disponia todo lo necesario para el desayuno, colocaba en su lugar todas las cosas, de manera, que cuando venian las donadas que servian á la cocina, ya lo hallaban todo hecho, á esmeros de la caridad de la maestra de novicias, ó de la vicaria; porque en cualquiera empleo que tuviese, á proporcion de lo mas elevado de él, se encendia mas el fuego de su caridad. Estando de portera mayor, suplicaba con los mayores rendimientos, la diesen los garbanzos, lentejas ó frijoles para limpiarlos, y librar de este trabajo á las cocineras. Si alguna se enfermaba, iba prontamente á servirla en los oficios mas bajos y despreciables. Repartia sobre tarde las velas en la celda de cada religiosa; aliviando de esta suerte á la donada á quien esto pertenecia; y si alguna religiosa procuraba impedirla, en atencion á su salud bastantemente debilitada, ó representándola que para eso habia donadas en la comunidad, respondia humilde y festiva: *pues qué ¿no soy lo mismo que ellas?* En algo he de servir, ya que para nada soy buena.

Si se enfermaban algunas de sus novicias, las curaba, las asistia con un amor de madre, las servia á la mesa, y algunas veces de rodillas, con tal esmero, que á fuerza de ruegos y de aquella grande afabilidad y dulzura con que las habia tratado, aun cuando estaban en sana salud, las hacia tomar las medicinas y los alimentos necesarios, dejándolas contentas y gus-

tosas. Velaba muchas noches, sin permitir á su débil cuerpo el preciso descanso, solo por acompañar á alguna de sus novicias que tenia miedo. Sufria todas sus impertinencias propias de sus pocos años, haciéndose criada de todas y de cada una de ellas para cuanto querian mandarla; sin que por esto rebajara un ápice de todo aquello que pertenecia al cumplimiento de las graves obligaciones de su ministerio; ayudándolas con sus doctrinas y consejos á la perfecta observancia de la ley santa de Dios, y al puntual cumplimiento de sus reglas.

Si observaba en el coro que alguna religiosa daba muestras de estár algo enferma, se ofrecia á hacer por ella todos sus oficios, y los ejercitaba con alegria y puntualidad. Estendiase su misericordia hasta los mas desdichados méndigos que llegaban á la porteria, considerando en ellos al mismo Jesucristo, y teniendo presentes aquellas palabras del Salvador: *Lo que hiciereis con el mas mínimo de mis pobres, lo haceis conmigo.* Los saludaba con especial ternura, se compadecia de sus miserias, y procuraba aliviarlas aun á costa de quedarse muchos dias sin comer, porque á ellos no les faltase aquel sustento. Era de genio naturalmente vergonzoso para pedir; pero la gran caridad en que ardia su corazon, la hizo vencerse muchas veces, hasta andar mendigando de celda en celda lo que sobraba á las religiosas, para repartirlo despues á los pobres de Jesucristo.

Brilló mas su caridad con una donada á quien los achaques de la vejez habian hecho impertinente y asquerosa. A ésta servia *Sor María Josefa* con indecible regocijo; la cortaba el cabello cuando era necesario; la sufria con mansedumbre; y se dedicaba á limpiarla y atenderla en cuanto se le ofrecia. De este modo cumplió esta caritativa religiosa aquel *nuevo mandato* que nos impuso Jesucristo, de que nos amémos unos á otros como el mismo Jesucristo nos amó.

El tercero de sus propósitos dice: *Amar á todas en Dios, y suplirles sus faltas como quiero que me suplan las mias, y no faltarles á las que se quisieren servir de mí.* En el nono se esplíca de esta suerte: *No decir de los defectos de otro, sino escusarlos cuanto pudiere.*

CAPITULO XI.

De su profunda humildad.

Cuando se considera uno á sí mismo, y contempla lo que es, y lo que no es; cuando compara sus verdaderos defectos, con sus pretendidas perfecciones; en una palabra, cuando se conoce á sí mismo, entónces no hace caso de sí, y no tiene sino indiferencia y desprecio para con su persona. De aquí es que la humildad no consiste solamente en las acciones esteriores ni en las palabras; siendo muy fácil an-